

# Pornografía *hardcore*: espejo siniestro del patriarcado

Lore Aresti\*

La producción pornográfica dura, degradante y violenta contra las mujeres es en realidad un espejo en el que la cultura patriarcal debe mirarse. Un espejo que nos regresa la imagen patriarcal por excelencia: la de la violencia, sometimiento y degradación en la relación de los hombres con (contra) las mujeres. Mirarnos en el espejo de la pornografía dura y degradante es mirarnos en el espejo de nuestro mundo actual.

Las Vegas, enero de 2005. Me encuentro en la Expo de Entretenimiento para Adultos. En uno de los 300 locales de exhibición de la feria pornográfica se puede ver a Tiffany Holyday, una joven mujer que participa en las películas pornográficas. Ella se encuentra seduciendo y besando a otra actriz. Alrededor de ellas se encuentra un amplio grupo de hombres. Existen una serie de reglas en relación a qué tanta actividad sexual se puede mostrar en estas presentaciones. Ambas mujeres están forzando al máximo los límites impuestos. La multitud masculina las motiva a ir más y más allá de lo permitido.

La mujer que acompaña la presentación de Tiffany abandona el lugar y Tiffany comienza a simular que se está masturbando, utilizando un lenguaje sexual explícito y provocativo. Tanto por su lenguaje como por sus actitudes sexuales logra atraer la atención de un buen número de hombres. La presencia masculina aumenta hasta aproximadamente 50 hombres. Me encuentro en medio del grupo. Cargo un micrófono como parte del equipo de filmación. Trabajamos en la realización de un documental sobre la industria pornográfica. Los hombres, al percatarse de que son mayoría, se envalentonan gritando y exigiendo escenas sexuales más explícitas. Tiffany les responde de la misma manera, motivando a los hombres a que le digan qué es lo que quieren de ella. El intercambio entre ellos y Tiffany continúa. La energía se intensifica, al punto de que los hombres se mueven alrededor de ella como una masa... como una turba excitada, lista para lo que sea.

Los cuerpos de los hombres, chocan y se presionan unos contra otros. Todos buscan el mejor ángulo, la mejor imagen de los pechos, vagina y ano de Tiffany. Muchos de los presentes portan cámaras o teléfonos celulares para grabar la escena. Es fácil percatarse —y hasta sentir—, las erecciones de los hombres que se hallan alrededor mío. No puedo no pensar, sentir, que de no ser por la presencia de los guardias de seguridad del lugar, esa masa, esta jauría de hombres sexualmente excitados, están listos para actuar una especie de violación grupal.

Esta breve exposición es una expresión de la masculinidad dominante en Estados Unidos y en muchas partes del mundo. Esta es la masculinidad de la masa... una turba de hombres dispuesta a lo que sea.

Jensen (2007: 1).

## La masculinidad imperante

“**S**é un hombre de verdad”. Esta frase imperativa es repetida a los hombres una y otra vez. Es una frase que escuchan desde su más tierna infancia,

\* Profesora del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

una frase que se halla conectada a la demanda patriarcal; demanda machacada de mil y una maneras, demanda externada y asumida como un *deber*: el deber de ser más fuerte, más controlador, más agresivo, más, más... más algo de lo que no se es, que no se tiene claro de qué se trata, y que no se sabe bien cómo ser. Pero lo que sí se sabe es que *debe ser* “eso” si se desea

ser respetado dentro de los cánones de la masculinidad imperante.

Cuando se le demanda a un hombre que sea más fuerte, lo que en el fondo se le está pidiendo/exigiendo es que desarrolle la habilidad de suprimir sus reacciones emocionales, canalizando toda esta energía emocional en el proceso de controlar todas las situaciones en las que se halla inmerso

y establecer, sin lugar a dudas, que en todo momento él es el que domina... él es un “ser dominante”. Cuando se le pide a un hombre que sea más “fuerte”, más hombre, un “hombre de verdad”, en realidad lo que se le está pidiendo es que *renuncie a su humanidad*.

Así pues, esto de convertirse en hombre es un proceso difícil, lleno de contradicciones, trampas y, en última instancia... es una tragedia. Cuando el niño pequeño que devendrá en un joven varón intenta convertirse en “eso” que se le demanda de manera tan vaga como absoluta, cuando acepta la idea de que hay algo específico llamado masculinidad –modelo al cual hay que conformarse–, lo que hace es sustituir toda su humanidad, todo lo que hace que la vida valga la pena ser vivida, por una lucha sin cuartel por el poder, una lucha y un poder ilusorios, que no sólo le posibilita destruir a los demás, sino también a sí mismo.

Una de las maneras con que se ha intentado responder a esta masculinidad tóxica/patriarcal ha sido a través del intento de redefinir *lo que significa ser un hombre*. Se promueve el desarrollar una masculinidad más gentil y tierna, una masculinidad que implique una menor amenaza para las mujeres, los niños, los adultos mayores y todos los grupos vulnerables, y que además favorezca relaciones más vivibles y menos agresivas para los hombres entre sí.

Sin embargo, algunos estudiosos, como Jensen (2007) y Dworkin (1993), entre otros, consideran que este paso es inadecuado, ya que la meta frente a la masculinidad patriarcal imperante no debe ser la de reformar dicha masculinidad, sino eliminarla totalmente. Sólo así se podría lograr la liberación total de la *trampa* de dicha masculinidad.

La mayor parte de los hombres pasan los primeros 30 años de su vida tratando de ser un “hombre de verdad”, intentando poner en juego los rituales de dicha masculinidad, aunque la mayoría no acaba de entender de qué se trata el juego, por ser tan difícil y a la vez tan doloroso y limitante a sus emociones de fondo. Sin embargo, el imperativo es tan fuerte y la marginación, burla y maltrato en caso de fallar están tan presentes, que un gran porcentaje de los jóvenes hombres hace todo lo posible por ser más o menos eficiente en la consecución del modelo de ser un “hombre de verdad”... o por lo menos, de parecerlo.

A pesar del pesado y constante adoctrinamiento, algunos hombres guardan en lo profundo de sí mismos no sólo el fracaso de convertirse en un “hombre de verdad”, sino la sensación de que hay algo inaceptable en el proceso y la meta de convertirse en “eso”, un “hombre de verdad”. Estos hombres plantean que no importa si la meta es convertirse en una réplica suavizada de la masculinidad imperante, ya

que viven y sienten todo el proceso como algo impuesto, poco auténtico y profundamente deshumanizante.

Para los que aceptan la meta de la masculinidad patriarcal, las recompensas son obvias: la sensación de poder, de control, de superioridad frente a los demás. Muchos, a lo largo del proceso, intuyen o se percatan de que los costos a pagar por estas prebendas son *imposibles, invivibles e invisibles*. Un hombre puede intentar con éxito ocupar un lugar en esta escala jerárquica de la masculinidad, llevar una vida materialmente confortable y poder sostener el estatus de hombre en el mundo, aunque siempre, en el fondo, se sentirá presionado y con una constante sensación de no lograr ser “eso” que se le exigió desde niño (*ser un “hombre de verdad”*) o no serlo suficientemente.

Es desde esta perspectiva de la masculinidad dominante que nos enfrentamos a la industria pornográfica contemporánea y las imágenes que produce. Nos preguntamos, tratando de entender, qué es lo que nos señala el espejo de la pornografía en relación con los hombres, y el lugar que ocupan las mujeres en las fantasías pornográficas masculinas.

## La pornografía

De entrada, el acercarnos a ver, analizar y discutir la industria y el comercio heterosexual pornográfico nos llena de tristeza, vergüenza y desesperanza. Duele, y mucho, saber el lugar de violencia y degradación que ahí ocupamos en tanto mujeres. Dentro del campo de la pornografía, como en tantos otros campos de la cultura patriarcal, la mujer es reducida a una *cosa* que puede y debe ser penetrada. Hombres y mujeres que producen, actúan, venden y consumen pornografía se identifican consciente o inconscientemente con el tema central de estas películas: *la humillación constante de la mujer y de su cuerpo*.

Una gran parte de la pornografía que los hombres consumen y las fantasías que los excitan están basadas en una actitud de constante crueldad hacia la mujer. Es angustiante percatarnos de que la pornografía no sólo tiene que ver con la sexualidad humana, sino que básicamente está enfocada en y hacia la crueldad que los hombres ejercen sobre las mujeres reales o fantaseadas y el placer que pueden obtener a través de dicha crueldad.

No estamos planteando que todos los hombres obtienen placer sexual a través de tales niveles de crueldad. Tampoco creemos que todas las mujeres sean vividas de esta manera. A lo que nos asomamos es al hecho de que dichas fantasías y actos violentos se repiten sistemáticamente en nuestra sociedad. Los patrones repetitivos relacionados

con la pornografía nos muestran una vertiente verdadera del lugar de la mujer en el mundo masculino. La verdad a la que nos enfrentamos nos violenta y lastima; quisiéramos voltear hacia otro lado y no enterarnos de los niveles de degradación, crueldad y morbo que puede producir el cuerpo de una mujer en las fantasías y actos del imaginario social de muchos, muchísimos hombres.

Los espejos pueden llegar a ser siniestros, y la pornografía es un espejo, un espejo que nos muestra cómo los hombres ven a las mujeres. No todos los hombres consumen pornografía dura, muchos la rechazan y se conculen con las imágenes violentas y degradantes que se están convirtiendo en consumo masivo. Sabemos que existe una gran cantidad de variaciones individuales.

¿De qué estamos hablando cuando hablamos de pornografía “dura”? Creemos que es importante describir una escena citada por Jensen (2007: 15) para aclarar a qué nos estamos refiriendo. En un portal de la red <www.slutbus.com> se presenta un video llamado *SlutBus*: un pequeño grupo de hombres de aproximadamente 20 años van manejando una minivan con una videocámara. Conforme van recorriendo las calles están mirando, calificando, a cuanta mujer ven. Siguen buscando y seleccionando a mujeres guapas, atractivas, a las que invitan a dar una vuelta con ellos. Una vez que las mujeres están en la camioneta les preguntan si acceden a ser grabadas teniendo sexo con ellos, ofreciendo a cambio dinero en efectivo. Las mujeres aceptan. Cuando acaban de tener sexo con ellas, las mujeres se bajan de la minivan y uno de los hombres hace como que le va a entregar el dinero prometido como pago por la filmación de las escenas sexuales. Justo cuando la mujer extiende su mano para tomar el dinero, la minivan se aleja, con los hombres riéndose a carcajadas y burlándose, dejando a la mujer en la carretera, sorprendida y humillada al darse cuenta de que se han burlado de ella. En este portal de la red existen numerosos videos con este formato y desarrollo.

Para aquellos que consumen este tipo de videos, el mensaje es muy simple: *las mujeres son para el sexo*. Las mujeres pueden ser compradas para tener sexo, pero al final, ni siquiera merecen que se les pague por el sexo, es decir, ni siquiera merecen ser compradas. Las mujeres merecen ser cogidas y dejadas tiradas al lado de la carretera, mientras hombres jóvenes se alejan riéndose de ellas. Los que tienen una erección ante esta secuencia se masturban obteniendo placer sexual a partir de esta “broma”, de esta violencia.

Lo que destaca en este primer ejemplo es su nivel “jocoso”, en comparación con otro tipo de videos, mucho

más brutales y humillantes, videos que se pueden encontrar a lo largo de la web en la industria pornográfica.

Doloroso, humillante, es saber que *en tanto mujeres, se es un objeto para ser cogido, burlado y abandonado* por los hombres. En una sociedad en la que tantos hombres observan y consumen ávidamente todo tipo de pornografía, hombres y mujeres nos vemos enfrentados con lo que la pornografía pone en juego: *la pornografía nos enfrenta, en tanto mujeres, al deseo sometedor y grosero que muchos hombres desarrollan ante el cuerpo y el ser de la mujer*. A su vez, la pornografía fuerza a los hombres a enfrentarse a sí mismos, a enfrentar en lo que se han convertido. Nadie quiere mirarse en este espejo.

Vale la pena señalar que hoy en día la pornografía se ha convertido en algo normal, consumible por cualquier cantidad de hombres, en cualquier lado, en cualquier país y en cualquier nivel económico. Hay una gran variedad de material, para todos los bolsillos y gustos. La pornografía ya no es para viejos lujuriosos, o adolescentes enloquecidos por el riego intenso de la testosterona. Está al alcance de todos, a la mano de quien quiera comprarla.

No es la sexualidad en sí lo que constituye un problema básico en toda esta producción pornográfica. Lo verdaderamente grave, alarmante y preocupante es la concepción de la sexualidad en este sistema ideológico-político denominado *patriarcado*. La sexualidad presentada en la pornografía se va convirtiendo, cada vez más, en algo cruel y degradante para las mujeres y, al mismo tiempo, este tipo de pornografía se va convirtiendo en algo absolutamente natural, que se logra vender a cualquier costo, en cualquier esquina.

Sin embargo, creo que el hecho de que la pornografía se haya convertido en algo de uso diario no debería sorprendernos tanto, puesto que la misma representa los valores básicos del patriarcado: *la lógica de la dominación y la subordinación*, lógica que manifiesta la “supremacía masculina”.

## Sexo y género

Al hablar de masculinidad es necesario ser precisos en la comprensión de las categorías que giran alrededor de *sexualidad y género*. Desde una perspectiva biológica, existen tres categorías en relación con la identidad sexual humana: masculino, femenino e intersexual. La mayor parte de los seres humanos nacen en una de las dos primeras categorías distintivas: masculina o femenina, con sus respectivas diferencias anatómicas, fisiológicas y genéticas.

Más allá de la categoría de “sexo” (las diferencias biológicas entre machos y hembras) está la categoría de

“género” (el significado no biológico, creado socialmente, alrededor de las diferencias sexuales). Las implicaciones en relación con el género se presentan a lo largo y ancho de la cultura, incluyendo los roles de género, asignando a hombres y mujeres diferentes pautas de conducta en relación con lo social, lo sexual, lo político y lo económico; en relación con las normas de género (expectativas de que hombres y mujeres acepten diferentes reglas de conducta y de apariencia); rasgos y virtudes de género (asumiendo que hombres y mujeres son psicológica y moralmente diferentes unos de otros); identidad de género (el sentido interno que tiene cada sujeto en relación con su género: la masculinidad, femineidad, que puede no tener nada que ver en cómo perciben los demás a dicha persona); simbolismo de género (usar las conceptualizaciones de género en la descripción de animales, objetos inanimados o ideas).

En algún momento de la historia humana, lo masculino se asoció con la categoría hombre, y lo femenino, con la categoría sexual mujer (Eisler, 2000a, 2000b). Así pues, aquellos individuos que por sus características anatómicas entran en la categoría sexual de hombre deben cumplir con las condiciones y expectativas que definen lo que se entiende por *principio masculino* o *masculinidad*. Lo mismo se aplica para quienes encajan en la categoría sexual de mujer, en equivalencia con lo *femenino*.

Existe un término relacionado con el género que está asociado con lo masculino y ciertamente es empleado con mucha frecuencia: “hombria”. No sólo es más pronunciado que *femenino*, sino que solemos hablar más de la *hombria* y de lo que significa tener “hombria”. Permanentemente escuchamos a los hombres retar a otros hombres en relación con su *hombria*. Frente a lo repetitivo de este reto, nos preguntamos, en relación con su masculinidad y su *hombria*, ¿cuál es el miedo que tanto obsesiona a los hombres?

## La concepción dominante en relación con la masculinidad

Dentro del paradigma patriarcal, la concepción dominante en relación con la masculinidad implica que los hombres son “naturalmente” más competitivos y agresivos, y que ser un “hombre de verdad” implica vivir en una permanente lucha por mantener el control sobre uno mismo y sobre los demás: conquistar y dominar. Se presupone que un hombre en el mundo observa lo que quiere y lo toma para sí.

Y como en todo, muchos de los aspirantes a ser un “hombre de verdad” no pueden, o no quieren, cumplir, satisfacer y representar todo lo que está en juego en la

puesta en escena de la *hombria* imperante. Los hombres (no pocos) que no logran sostener el “*trasvestismo*” que implica el mantener la exagerada parodia de la “*hombria*” son etiquetados y acusados de ser femeninos, *mandilones*, *maricas*, etcétera.

El peor insulto que un hombre puede lanzar a otro hombre es tildarlo de parecer mujer. “*Pareces vieja*” es el insulto más ofensivo que se le puede hacer a un hombre. Lo anterior podemos observarlo en todos los niveles socioculturales, desde grupos de adolescentes en África, hasta en niveles ejecutivos y políticos en Estados Unidos, en México y en el mundo.

Ciertamente, en el mundo actual es más frecuente encontrar hombres con rasgos tipificados como femeninos, tales como el cuidar de los niños y enfermos, la compasión, la ternura, etcétera. De hecho, muchos hombres se sienten bastante bien con este re-acomodo del rol masculino, en tanto se mantengan los imperantes de *fuerza*, *control* y *dominación*, que son los que definen al hombre patriarcal, al “hombre de verdad”.

Al analizar y señalar el modelo dominante en relación con lo que se define por “ser un hombre” no se implica que todos los hombres del mundo adopten estas posturas. De hecho, cada vez son más los hombres, los académicos, investigadores y activistas que no sólo cuestionan esta vieja y obsoleta concepción de lo que define a un “hombre”, sino que señalan la identidad del hombre como multifacética, a partir de más de un tipo de “masculinidad” (Jensen, 2007). Diversos autores indican el desarrollo de nuevas ideas y paradigmas en relación con lo que implica ser un hombre, es decir, formas alternas de masculinidad, con diversos grados de éxito.

Sin embargo, estas nuevas posibilidades no cambian el hecho de que hay una concepción dominante sobre la masculinidad, a la cual son expuestos todos los hombres y con la cual se identifican la mayoría de ellos, de una u otra forma. Cabe señalar que muchos de los hombres que piensan estar retando el concepto predominante de la masculinidad están en última instancia poniendo una cara nueva al mismo sistema, un sistema cuyos componentes fundamentales son:

- La evitación de todo cuanto esté relacionado con lo femenino.
- La lucha por mantener una supremacía, tanto a nivel de relaciones interpersonales, como en situaciones sociales y ambientales.
- La represión de las emociones estereotipadas e identificadas con la mujer y su femineidad, con lo femenino.

Quisiéramos señalar que si bien los hombres se ven forzados a reprimir las llamadas emociones “suaves”, no se sienten cohibidos ni tienen ningún problema en expresar emociones “fuertes”, tales como el enojo, la frustración, la rabia y la bronca. Así pues, los hombres viven en constante lucha para mantener el nivel de dominación sobre los demás. Esta masculinidad es experimentada como una *competencia* sin fin y una *amenaza* permanente de unos contra otros.

Este no es un sistema creado por un solo hombre. Es más, nos atrevemos a plantear que quizá ningún hombre, si se le diese la oportunidad de elegir, elegiría este proceso de masculinización tan violentador de su condición humana. Sin embargo, los hombres viven inmersos en un sistema que los deforma, disminuyendo el rango y profundidad de sus emociones, limitando su capacidad de experimentar profundas y ricas conexiones con los demás, no sólo con las mujeres y los niños, sino también con otros hombres.

El hecho de que esta masculinidad tóxica lastime también a los hombres no implica que el daño sea equivalente para hombres y mujeres. Existe una gran diferencia entre la dificultad que tienen los hombres de llorar abiertamente y el permanente peligro del día a día con el cual viven las mujeres ante la posibilidad de ser violadas, golpeadas y asesinadas por los hombres de su vida.

Aun así, creemos importante señalar que ni todos los privilegios y ganancias materiales con que cuentan los hombres dentro del patriarcado, por el solo hecho de haber nacido hombres, compensa los altos costos de aquello de lo que tienen que renegar, reprimir o incluso eliminar de sí mismos. Después de todo, como ya se ha señalado, en esencia se les exige que rechacen, aniquilen, parte de su *humanidad* en pro del proyecto de la masculinidad dominante.

Sin embargo, también es menester señalar y recordar que el sistema patriarcal, al ser un sistema donde se exalta el valor de la *dominación*, valida e impone un modelo *jerárquico* de organización social donde siempre hay una persona, grupo, sexo o institución que cuenta con una cuota de poder sobre aquellos que se encuentran debajo del escalafón de las jerarquías. Así pues, mujeres, niños, adultos mayores, personas con capacidades diferentes, o de razas distintas consideradas como inferiores, conforman grupos de personas (minorías algunos) sumamente vulnerables ante el ejercicio del poder.

Las relaciones interpersonales, culturales e institucionales dentro del patriarcado emulan el modelo dominador-dominado, motivo por el cual, incluso, no todos los hombres viven en una igualdad de condiciones. La mayoría tiene que

enfrentar la supremacía racial blanca, el heterosexismo, el capitalismo corporativo depredador; es decir, los hombres de color; los hombres gay, los hombres pobres o pertenecientes a la clase trabajadora sufren también las inclemencias de este sistema de dominación patriarcal.

Más allá de que existan estas diferencias entre los mismos hombres, y de que miles de ellos tengan que experimentar humillaciones y maltratos de sus superiores, los hombres marginados y marginales gozan también de su cuota de poder y dominación sobre “sus mujeres”. Regresando al tema de la pornografía, cabe destacar que aquellos que se dedican a la industria pornográfica conocen muy bien este manejo de poder, dominación y control, que paradójicamente constituye su mayor debilidad. La pornografía le susurra a los hombres su derecho a dominar a las mujeres y su derecho a obtener placer a partir de ejercer violencia, control y crueldad sobre ellas. En el fondo, la pornografía susurra a los hombres que ser un “hombre de verdad” tiene que ver con la aceptación de estos derechos de dominación y violencia hacia las mujeres.

Podemos plantear que la imaginación sexual en los hombres sujetos al despliegue pornográfico se construye en y a partir del consumo de la pornografía violenta (*hard-core pornography*). Lo que los seres humanos enfrentamos en nuestro cuerpo sexual no es el resultado de lo que cada hombre piensa y siente en el momento, sino que es el resultado de toda una vida de entrenamiento y experiencia. Esta vida de entrenamiento y experiencias en la construcción de la masculinidad está basada en la dinámica de dominación/subordinación.

En el proceso de subordinación al que están sujetas las mujeres, la desigualdad en sí es sexualizada. Dicha subordinación se convierte en una experiencia de placer sexual, esencial en relación con el deseo sexual. La pornografía es el medio material de sexualizar la desigualdad; es por ello que la pornografía constituye una práctica central de subordinación de las mujeres (Dworkin, 1993).

Andrea Dworkin (1993:266-267) señala varios elementos de la producción pornográfica en los cuales la subordinación de las mujeres es permanentemente representada. Si bien no toda la producción pornográfica incluye todos estos elementos, sí están presentes en mayor o menor grado a lo largo de la pornografía contemporánea:

- **Objetificación:** cuando un ser humano, a través de medios sociales, es presentado como menos que humano, convertido en un bien de consumo, que puede ser comprado y vendido.

- Jerarquía: una cuestión de poder, con un grupo que está arriba (los hombres) y un grupo que es inferior (las mujeres).
- Sometimiento: cuando actos de obediencia se tornan necesarios para la sobrevivencia; los miembros del grupo oprimido aprenden a anticipar las órdenes y deseos de aquellos que tienen poder. Dentro de este contexto, la respuesta de obediencia y sometimiento es entonces interpretada por el grupo dominante como algo que justifica su ejercicio de dominio.
- Violencia: cuando ésta se convierte en una conducta sistemática y endémica hasta convertirse en algo normativo, lo cual es leído como un derecho implícito de aquellos que cometen violencia sobre los demás.

La mayor parte de la producción pornográfica está enfocada al grupo heterosexual. El centro de esta ideología patriarcal muestra el efecto potencial de ésta sobre la conducta sexual masculina. Podemos dividir la producción pornográfica en dos tipos de producto: películas que presentan algún tipo de argumento, diálogo y personajes, todo enfocado en presentar sexo explícito, y la otra vertiente, que se ha dado en llamar producciones *Gonzo*.

Esta última categoría no tiene ningún tipo de pretensiones; simplemente se registra la conducta sexual, casi siempre filmada en casas privadas. Estas producciones suelen comenzar con una entrevista con la mujer o mujeres en relación con sus deseos sexuales frente al hombre con quien van a tener relaciones. Muchas veces los ejecutores de los actos sexuales hablan directamente a la cámara, dirigiéndose a la audiencia.

Generalmente las películas pornográficas son categorizadas como *pornografía dura* y *pornografía suave*. Las denominadas como pornografía suave suelen verse en canales de televisión por cable, tales como Cinemax, e incluyen desnudez, caricias y relaciones sexuales presentadas con el despliegue obvio de los genitales y del acto de penetración. La denominada pornografía dura (hasta ahora) sólo se puede comprar en ciertas tiendas, a través del correo, o a través de Internet. Incluye casi cualquier tipo de actividad sexual imaginable, con detalles obvios y con la cámara enfocada en los genitales y la penetración.

En todas estas películas las ejecutantes tienen que tener más de 18 años. La pornografía infantil presenta material sexual explícito, utilizando a menores de edad (este tipo de material sólo puede obtenerse a través de redes cibernéticas). Si bien es cierto que está prohibido y castigado que aparezcan menores de edad en cualquier tipo

de producción pornográfica, la vuelta que le da la industria legal pornográfica es la de emplear a mujeres jóvenes que, si bien ya son mayores de edad, mantienen una imagen de jovencitas-niñas, constituyendo una especie de pornografía pseudo-infantil para crear la idea, la fantasía, de que se está teniendo sexo con menores de edad.

La producción de películas pornográficas se supone que está dirigida a un público consumidor mayor de 18 años de edad; sin embargo, la facilidad para adquirir este tipo de creaciones reduce por mucho la edad de sus consumidores. Esto no es nuevo, lo que impacta es la frecuencia con que adolescentes, e incluso púberes, no sólo consumen pornografía, sino que ahora son generadores de “videos caseros” donde aparecen ellos mismos teniendo relaciones sexuales; producciones caseras que en muchos de los casos son un reflejo o representación de las grandes producciones pornográficas, no sólo en la variedad de estilos y formas, sino en la repetición, a “menor escala”, del modelo *dominador-dominado*.

Independientemente de que las películas sean de pornografía suave o dura, los temas básicos son comunes a toda la producción pornográfica heterosexual que se encuentra en el mercado. Las premisas básicas son:

- Todas las mujeres quieren tener sexo todo el tiempo y lo quieren tener con todos los hombres.
- A las mujeres les gustan todo tipo de actos sexuales que los hombres ejecuten o demanden.
- La mujer que no acepte cualquier tipo de acto sexual puede ser “llevada” a ejecutarlos con el empleo de un poco de fuerza para animarla.
- Tal uso de fuerza no suele ser necesaria, ya que la mayoría de las mujeres en la industria pornográfica son presentadas como las “ninfomaniacas” con que todos los hombres sueñan.

El mensaje en estos filmes pornográficos no es sólo que las mujeres eligen este tipo de sexualidad, sino que *está en su naturaleza*, por el simple hecho de ser mujer. Un ejemplo sería una leyenda que aparece en una página de Internet <[www.suckmebitch.com](http://www.suckmebitch.com)>, citada por Jensen (2007), que versa así: “para hacerla sentir una mujer de verdad, sólo tienes que decir las palabras mágicas: ‘Mámamela, perra’”.

En el mundo pornográfico, una mujer se convierte en una “mujer de verdad” al asumir el rol de la “dulce, pequeña y sucia mamadora de verga”. Lo anterior es expresado mejor en las palabras de Margaret Baldwin (1984): “en la pornografía, el mundo es un lugar armonioso y equilibrado.

Los requerimientos de las mujeres y de los hombres son absolutamente congruentes, simbióticos en la relación, y polar en la definición: las mujeres viven para ser cogidas, y los hombres, inevitablemente, para coger”.

Cualquiera que sea el desarrollo de los personajes, el enfoque de las películas pornográficas está en los actos sexuales, y los actos prosiguen de manera absolutamente previsible. En las películas que presentan cierta suavidad se muestra un periodo corto en que el hombre chupa el sexo a la mujer, lo cual es seguido por un periodo mucho más largo en que la mujer realiza al hombre sexo oral. Lo anterior es seguido por una penetración vaginal en diversas posiciones. En algunos filmes, la penetración vaginal es seguida por una penetración anal y posteriormente, el hombre eyacula sobre el cuerpo de la mujer o en su boca.

En general, las mujeres piden, demandan y exigen que los hombres se las cojan, muchas veces animándolos a que las penetren con mayor fuerza y de manera más profunda, más brutal. Una parte indispensable en toda producción pornográfica es la pronunciación de frases cada vez más despectivas y violentas por parte de los hombres hacia las mujeres, como por ejemplo: “Toma esto, puta, yo sé que te encanta que te meta toda la verga”.

En las llamadas películas Gonzo se presentan los mismos actos, pero de manera más brusca; básicamente se observa a más de un hombre penetrando a la misma mujer, y con un lenguaje más explícito y denigrante. La mujer es presentada como una puta; perra sucia, culo, etcétera son algunos adjetivos para la mujer. Estas películas presentan un repertorio más amplio de actos sexuales.

Para entender la utilización que hace la pornografía de estos actos se requiere analizar el uso del sexo anal en la industria pornográfica. Antes de 1980, el sexo anal no era una presencia rutinaria dentro de la industria pornográfica. A medida que se fue normalizando la producción y utilización de la pornografía, los productores empezaron a buscar que sus productos fuesen más al límite de lo implícitamente permitido y de mayor nivel de intensidad. La fórmula “mágica” fue la de enfocarse en el sexo anal.

En estas películas, la penetración anal del cuerpo de la mujer se convirtió en un eje de mayor violentación, ya que se pasó de la penetración anal del cuerpo de una mujer por el pene de un hombre a la penetración simultánea de dos hombres en el ano de una mujer. Sabemos que el sexo anal puede ser placentero para la persona que está siendo penetrada. La frecuencia de esta práctica entre los hombres homosexuales y el agrado con que algunas mujeres se refieren a la misma da cuenta del goce que puede producir

dicha penetración. Sin embargo, también es claro que la mayor parte de las mujeres no desean ni buscan esta práctica sexual. Y es aquí donde está el secreto del éxito de tales imágenes: la pornografía, con la clientela masculina, se mueve hacia actos sexuales que en general las mujeres no buscan, ya sea porque no lo encuentran placentero, o porque lo encuentran doloroso y denigrante. Estos son exactamente los actos sexuales que los hombres que observan la pornografía encuentran intensamente placenteros.

Un ejecutivo de la industria pornográfica comentaba que el atractivo del sexo anal es el siguiente:

básicamente, este deseo de los hombres, proviene de todo hombre que está infelizmente casado. Se inicia con su esposa, la cual ha estado regañándolo o exigiéndole que esto o lo otro... siempre molesta e insatisfecha por lo que sea. Y este hombre piensa “me gustaría cogerla por el culo”. Está enojado con su mujer. Pero no se atreve a imponer una penetración anal basada en el enojo, entonces buscará a otra mujer que le permita cogérsela por el culo... y este es el gran atractivo de la escena. No que la mujer que está siendo penetrada analmente lo goce, sino, más bien, que lo sufra (Hesky [2006], citado por Jensen, 2007: 58).

Si bien sabemos que en algunas películas las mujeres parecen gozar este tipo de penetración sexual y que muchos hombres gozan viendo el placer que recibe la mujer durante este acto, el trasfondo de las películas pornográficas de este tipo es que las mujeres acepten con dificultad la penetración anal y no que la gocen. Por ejemplo, en la página de Internet <[www.analsuffering.com](http://www.analsuffering.com)>, también citada por Robert Jensen (2007), se plantea: “nada pone a estas perras más calientes, que el dolor que les causa una verga grande, golpeándolas y penetrándolas por el culo”.

Ya hacia finales de 1990, la penetración anal dentro de las relaciones pornográficas heterosexuales se había convertido en rutina. Si bien no todas las películas porno incluían la penetración anal, la presencia de este tipo de actos ya no representaba algo poco usual o demasiado obsceno. A partir del año 2000, se presentaron más y más los siguientes rasgos:

- Doble penetración, conocida como DP en la industria, en que una mujer es penetrada vaginal y analmente a la vez.
- Coito doble anal, en el cual una mujer es penetrada analmente por dos hombres a la vez.

- Doble vaginal, en donde una mujer es penetrada vaginalmente por dos hombres, a la vez.
- De culo a boca, acto en el cual un hombre penetra a una mujer analmente, y acto seguido introduce su pene en la boca de dicha mujer, o de otra mujer, sin limpiarse los restos fecales de la penetración anal.

Creo que es obvio que ninguna mujer goza estos actos, si bien intentan presentar un rostro gozoso ante las cámaras. Belladonna, una conocida ejecutante de las películas Gonzo, describió en una entrevista en ABC News (enero de 2003) cómo se preparaba para llevar a cabo dichas escenas: “Tienes que prepararte física y mentalmente para ello... quiero decir que paso por todo un proceso la noche anterior. Dejo de ingerir alimentos desde las 5:00 de la tarde. Posteriormente me aplico uno o dos enemas. A la mañana siguiente, tampoco como nada... todo este proceso es muy desgastante para el cuerpo”.

La explicación que algunos analistas dan en relación con la popularidad de este tipo de películas pornográficas está en el hecho de que *los hombres saben bien que la mayoría de las mujeres, en el mundo y fuera de la industria pornográfica, no desean experimentar este tipo de relaciones, salvo que se les fuerce. Los hombres lo saben y este saber convierte a dichos actos en actos sexualmente excitantes.*

Finalmente, en términos físicos, el pasar el pene directamente del ano de una mujer a su boca, o a la boca de otra mujer, es un acto no sólo poco higiénico, sino además potencialmente peligroso para la salud. Cuando una mujer acepta dicha situación está expresando un absoluto descuido en relación con su propia salud, o bien, está aceptando la imposición explícita de un hombre para quien su salud no es un tema que le preocupe. En ambos casos, ella se percibe y es percibida como algo secundario, utilizable y deshumanizado.

Las tendencias en las películas pornográficas contemporáneas son bastante explícitas:

- Los hombres que consumen pornografía gozan observando actividades sexuales en que las mujeres son tratadas de una manera deshumanizada.
- Dentro del contexto de la pornografía actual, la mujer no es completamente humana.
- El cuerpo de una mujer es básicamente tres huecos y dos manos. La esencia de una mujer son esas partes del cuerpo que pueden producir estimulación y placer sexual a los hombres.

El sexo en la industria pornográfica está definido a partir de la erección y flacidez del pene del hombre, y en el acto sexual sus deseos suelen determinar la dirección de la actividad sexual. Los hombres actúan sobre las mujeres. Ellas no son más que sus órganos sexuales, un objeto; él permanece siendo un alguien que usa su órgano sexual: “el hombre se coge a la mujer; el sujeto actúa sobre el objeto”.

La pornografía dura nos plantea la siguiente interrogante: ¿Por qué una gran cantidad de películas pornográficas incluyen escenas en que las mujeres parecen estar en situaciones de dolor? Esta pregunta tiene que ver, no con la cantidad de dolor que una mujer es capaz de soportar, sino lo que está en juego en los productores y consumidores de esta industria. En las escenas, el espectador observa a las mujeres padeciendo dolor. Tanto la expresión facial de las mujeres, al igual que sus voces, señalan que estos actos sexuales causan incomodidad y/o miedo, y/o estrés. Si los videos se pueden editar, nos preguntamos ¿por qué los productores no editan dichas expresiones?

Hay dos explicaciones posibles: puede que sientan que este tipo de expresiones de dolor en las mujeres no tiene ninguna consecuencia en la motivación y el interés de los observadores, así que no hay ninguna consecuencia en relación con la meta de la máxima ganancia económica. En ese sentido, es como si el dolor de la mujer fuese neutral. La segunda posibilidad es que los productores tienen razones para creer que a los consumidores de dichas películas les gustan las expresiones de dolor. El dolor de las mujeres aumenta la venta y ganancia de este tipo de películas.

Dado que la mayoría de los que consumen la pornografía “dura” son hombres, podemos llegar a la conclusión de que el infligir dolor en el cuerpo de las mujeres no es un obstáculo en la posibilidad de que los hombres logren placer sexual o que el dolor de las mujeres aumenta el placer sexual de los hombres. La pregunta angustiante que sobreviene es: *¿por qué muchos hombres son sexualmente tan duros, insensibles y crueles? O, ¿por qué algunos hombres encuentran la crueldad ejercida contra el cuerpo de las mujeres sexualmente neutral, o sexualmente placentera y gozosa?*

Estudiosos de la condición de la mujer (Eisler, 2000a, 2000b; Dworkin, 1993; Shlain, 2003; Jensen, 2007), al reflexionar sobre las experiencias de violencia sexual ejercida contra las mujeres, señalan desde hace bastante tiempo cómo *la violación implica la sexualización del poder*, la fusión en la imaginación de los hombres del placer sexual ligado al control y sometimiento de la mujer; en pocas palabras, *la erotización del control*. La sexualidad patriarcal es una esfera en donde los hombres son entrenados a verse a sí mismos como naturalmente dominantes y a las mujeres, naturalmente pasivas.



Las expresiones de dolor y vejación en las mujeres se están convirtiendo en imágenes explícitas y repetitivas en la producción de películas pornográficas. El cuestionamiento que estamos obligados a plantearnos está relacionado con el hecho de que la pornografía se está transformando en la producción de videos cada vez más crueles.

Las relaciones sexuales entre los seres humanos están construidas en y alrededor de una gama de emociones infinitamente variables. En términos físicos concretos, las formas de relacionarse sexualmente, de juntar los cuerpos, de penetrar y ser penetrados, no tiene posibilidades infinitas.

Cuando las películas no pornográficas (por ejemplo, una película romántica típica de Hollywood) tratan las cuestiones sexuales, utilizan las emociones más comúnmente conectadas con la sexualidad: amor y afecto, amor y ternura. Pero la pornografía no presenta esta situación, ya que la producción de películas pornográficas está enfocada en proveer estimulación sexual a los hombres en nuestra cultura, la cultura patriarcal. Si se presentaran escenas donde el amor, la ternura, o los afectos estuvieran entrelazados con escenas abiertas y brutalmente pornográficas, los hombres no consumirían pornografía. Nos atrevemos a plantear que los hombres consumen películas pornográficas específicamente para evitar el sentir amor, ternura y afecto hacia las mujeres.

Esto lleva a plantearnos que la pornografía está enfrentando un serio problema. Si en las relaciones sexuales se elimina toda posibilidad emocional, el sexo se convierte en algo repetitivo y poco interesante, aun para los hombres que consumen dichas películas con el fin explícito de masturbarse. Así, la novedad de las películas pornográficas se va diluyendo. La industria pornográfica, para seguir manteniendo su ganancia, debe sostener el nivel de excitación de los hombres. Para ello debe implicar algún tipo de emoción, y qué mejor y más excitante y vendible que la crueldad ejercida sobre el cuerpo y el sentir de las mujeres.

La veta de riqueza con que está contando la pornografía en la actualidad es la utilización de la crueldad como emoción básica para los hombres, ya que la dinámica de la dominación masculina y el sometimiento femenino ha sido implementada a lo largo de siglos de patriarcado, sustituyendo el amor y el afecto que un hombre puede sentir hacia las mujeres, por rechazo, humillación y violencia contra ellas.

Cuando se plantea y cuestiona a la industria pornográfica el uso con que implementa la violencia y la humillación hacia las mujeres, la industria pornográfica responde: "la pornografía es solamente fantasías". Con esta respuesta da a entender que esta "fantasía", brutal, violenta, degradante y humillante de y para la mujer, no tiene ningún efecto en el mundo real, en el mundo de la vida cotidiana.

Podemos aceptar que los hombres dejan volar su fantasía cuando usan y consumen pornografía. Sin embargo, debemos dejar claro que las escenas presentadas en estos

filmes no son una fantasía, son reales. Los actos que han sido filmados suceden en el mundo real; dichos actos se llevaron a cabo en mujeres reales, y sus cuerpos y sus orificios no son una fantasía. Los hombres que compran este tipo de películas porno, que las llevan a su casa, que se masturban con ellas, que llegan al orgasmo a través de observar las acciones violentas y crueles que se llevan a cabo en estas películas no son una fantasía, son reales.

Miles de hombres han llegado al clímax sexual a través de observar estas imágenes, imágenes donde las mujeres son tratadas agresivamente, con el sexo oral violento, en el cual el hombre introduce su pene en la boca de la mujer casi hasta ahogarla; escenas donde las mujeres son penetradas por dos hombres a la vez, de manera que les cause dolor, éstas, todas éstas, son reales.

El argumento de que todo esto es pura "fantasía" implica que el ver estas escenas degradantes, abusivas y crueles sobre el cuerpo de la mujer no ejerce ningún efecto sobre los seres humanos reales, de un mundo real. Aun si aceptamos que estas imágenes sólo motivan la fantasía de los hombres, nos queda la pregunta: ¿por qué estas imágenes de crueldad y violencia sobre el cuerpo de la mujer despiertan la fantasía masculina?

¿Qué nos dicen estas fantasías en relación con la pornografía y al mundo más allá de la pornografía? Muchos analistas de esta temática plantean que la producción pornográfica dura, degradante y violenta contra las mujeres es en realidad un espejo en el que la cultura patriarcal debe mirarse. Un espejo que nos regresa la imagen patriarcal por excelencia: la de la violencia, sometimiento y degradación en la relación de los hombres con (contra) las mujeres. Mirarnos en el espejo de la pornografía dura y degradante es mirarnos en el espejo de nuestro mundo actual.

## Referencias

- Baldwin, M. (1984). "The Sexuality of Inequality: The Minneapolis Pornography Ordinance". *Law and Inequality*, 2(2), 629-653.
- Belladonna. (enero de 2003). "Young Women, Porn and Profits". (A. N. Live, Entrevistador).
- Dworkin, A. (1993). *Letters From a War Zone: Writings 1976-1987*. Chicago: Lawrence Hill Books.
- Eisler, R. (2000a). *Placer sagrado I: sexo, mitos y política del cuerpo*. México: Pax México.
- Eisler, R. (2000b). *Placer sagrado 2: nuevos caminos hacia el poder personal y el amor*. México: Pax México.
- Jensen, R. (2007). *Getting Off: Pornography and the End of Masculinity*. Cambridge, Massachusetts: South End Press.
- Shlain, L. (2003). *Sex, Time and Power. How Women's Sexuality Shaped Human Evolution*. Nueva York: Viking.